

LOS ESPACIOS DE LA CULTURA EN LAS POLÍTICAS DE TRANSFORMACIÓN URBANA DE LA CIUDAD NEOLIBERAL

Jorge Ignacio Selfa Clemente

Doctorando de la Universidad Autónoma de Barcelona

RESUMEN

Las nuevas aportaciones de la Nueva Geografía Cultural anglosajona permiten una aproximación a la cultura como instrumento del poder para posibilitar la transformación del espacio. Tomando Barcelona como ejemplo, se muestra como este punto de vista nos permite analizar la importancia de la cultura en las políticas urbanas de las últimas décadas.

Palabras clave: Geografía Cultural, Cultura, Estrategias Culturales, Políticas Urbanas, Transformación Urbana, Barcelona.

ABSTRACT

New contributions of the Anglo-Saxon New Cultural Geography allow a new approach to culture as a tool of power for the transformation of space. Taking Barcelona as an example, we want to show how this approach is useful to analyse the relevance of culture in urban policies in the last decades.

Key words: Cultural Geography, Culture, Cultural Strategies, Urban Policy, Urban Transformation, Barcelona.

Fecha de recepción: febrero de 2003.

Fecha de admisión: marzo de 2003.

I. INTRODUCCIÓN

En los últimos años, la cultura ha adquirido una posición central en las estrategias y procesos de transformación urbanos. Museos, revalorización del patrimonio histórico, distritos creativos, ocio cultural, y otros muchos términos similares han aparecido reiteradamente en los documentos de planificación, panfletos turísticos o discursos políticos, al tiempo que las calles de las ciudades y solares de sus periferias se han poblado de nuevas actividades y espacios cuyo principal atractivo reside en sus valores estéticos o culturales. Paralelamente a la creciente importancia de la cultura en la configuración de los nuevos espacios urbanos, la geografía cultural, especialmente la anglosajona, ha desarrollado un nuevo cuerpo teórico y metodológico que ha permitido un importante enriquecimiento de los estudios de geografía. A pesar de ello, autores no ajenos a lo que se ha llamado Giro Cultural de la geografía, han señalado las limitaciones que esta Nueva Geografía Cultural presenta: la excesiva importancia que concede al estudio de las significaciones, la falta de una conceptualización clara de aquello que es considerado cultura o la no consideración de las relaciones de la cultura con otros procesos sociales y económicos. Estas limitaciones, trasladadas al campo de los espacios urbanos dificultarían una visión más global que pudiese explicar el porqué de la importancia de la cultura en la configuración de la ciudad actual y de sus políticas, y el papel que la cultura desempeña en la transformación actual del espacio urbano.

Sin embargo, ciertas aportaciones surgidas desde la misma geografía cultural anglosajona, (Mitchell 1999; Barnett, 2001) invitan a contemplar la cultura y sus múltiples definiciones como ideologías y como formas de *gubernamentalidad*. La cultura se entendería como sustentadora de unos determinados intereses, proponiendo como la labor de la geografía cultural el análisis de los procesos que llevan a definir las diferentes nociones de cultura y la relación de los mismos con los contextos históricos y espaciales en los que se gestan. Este punto de vista nos permitiría contemplar el papel que las diferentes concepciones de cultura han jugado en la construcción del espacio urbano actual y su relación con otros procesos de cambio que experimentan hoy en día las ciudades. Partiendo de estas concepciones se pretende mostrar cómo la importancia de la cultura en la configuración espacio urbano de los últimos treinta años deriva de su condición de instrumento de poder, condición que ha sido utilizada para favorecer la transición desde regímenes y modos de regulación fordistas-keynesianos hacia modelos basados en un ideario neoliberal. Como ejemplo de este enfoque, este artículo pretende mostrar cómo diferentes políticas culturales de la ciudad de Barcelona están contribuyendo a una reorganización del espacio urbano en consonancia con nuevas condiciones económicas y sociales surgidas en los últimos años.

Así, este artículo no sólo presenta nuevas conceptualizaciones de lo que se debe entender por cultura en geografía, sino que también pretende mostrar cómo la Nueva Geografía Cultural nos puede ayudar a una mejor comprensión de los procesos y mecanismos de cambio de las estructuras sociales, económicas y materiales de la ciudad de finales del siglo XX y principio del XXI.

II. LA RENOVACIÓN DE LA GEOGRAFÍA CULTURAL

La evolución la geografía ha supuesto una importante transformación tanto en la definición de los objetos de estudio como en las metodología de investigación, transformación

paralela a la de otras disciplinas de las humanidades y ciencias sociales. Especialmente en el mundo anglosajón, y paralelamente al desarrollo de *los estudios culturales*, ha tomado cuerpo la llamada Nueva Geografía Cultural. De forma muy concisa esta se puede describir como el distanciamiento por parte de la geografía cultural de la escuela *saueriana* y de su énfasis en la cultura material, y el acercamiento al estudio de elementos más inmateriales, tales como el papel de las representaciones en la creación de diferencias o identidades.

La principal aportación de la nueva geografía cultural ha sido su interés por localizar y destacar el papel de la cultura dentro del resto de relaciones de la vida social, interés que se ha extendido por toda la disciplina geográfica. Tras el trabajo desarrollado en la última década, la cultura ya no se puede considerar una categoría residual subordinada a la economía, sino como el medio por el cual el cambio social es experimentado, contestado y constituido (Cosgrove y Jackson, 1987). El situar la cultura en el mismo plano que la economía, no sólo posibilita sino que obliga a plantearse la necesidad de trascender las divisiones tradicionalmente establecidas entre «lo económico» y «lo cultural» sugiriendo nuevos enfoques (Jackson, 1999; Amin, 1999). Otra destacable influencia de la Nueva Geografía Cultural tiene que ver con la importancia que se ha concedido a fenómenos culturales, como representaciones, discursos o identidades, en la explicación de las concepciones y evolución del espacio y del lugar, y por tanto como elementos del análisis geográfico. Tanto es así que Peter Jackson (1999), en una visión retrospectiva, considera que las cuestiones referentes a las representaciones fueron el tema primordial de la geografía cultural de los años 90.

La aparición de estos nuevos enfoques en la geografía cultural no se ha realizado sin críticas, y su irrupción ha supuesto importantes discusiones en el seno de la geografía anglosajona. Parte de estas críticas se han centrado en defender la geografía *saueriana* frente a las nuevas concepciones de la geografía cultural y las descripciones que de aquella se realizaban. (Prince y Lewis, 1993). Sin embargo, otro conjunto de críticas no han renunciado a las aportaciones de los nuevos enfoques en la geografía cultural y se han centrado más en señalar sus posibles limitaciones y apuntar nuevas vías.

Las críticas a la Nueva Geografía Cultural se han centrado especialmente sobre el extremo énfasis de esta en el estudio de las representaciones, las creaciones de identidades, lo subjetivo, y el olvido de procesos sociales y económicos. Este tipo de críticas se dejaron notar con más fuerza desde el momento que el Giro Cultural ha influyó en otros campos de la geografía como la geografía económica. Sin duda, como ejemplo más destacable de este conjunto de críticas se puede citar el artículo de Andrew Sayer «*Cultural studies and 'the economy, stupid'*» en la revista *Environment and planning D* en 1994. (Sayer, 1994). En este artículo el autor expresa su preocupación por la priorización de factores culturales en la investigación, y la relegación de factores económicos que continúan siendo relevantes para la comprensión de fenómenos geográficos. El hecho es que a final de la década de los noventa, dos autores clave en desarrollo de la Nueva Geografía Cultural, Peter Jackson y Chirs Philo realizan sendos llamamientos para reorientar la geografía cultural y social. Cronológicamente, Chris Philo presenta en 1999 un texto en el que además de valorar positivamente los avances del Giro Cultural, realiza una llamada de atención sobre los problemas surgidos de la *des-materialización* y *de-socialización* de la geografía. Se habría perdido, según el autor, el interés por «ciertos dominios de la (llamada) economía y la política que indudablemente

todavía deberían demandar nuestra atención porque resultan indispensables para las formas en las que hoy las geografías humanas se encajan en el mundo externo a la academia [...] planteando algunos problemas al estudio de la geografía social. (pág. 84). Parte de la geografía cultural, y no toda, como manifiesta el autor, parece «habitar un mundo extraño de textos desmaterializados» (pág. 91) sin referencia al mundo material. Peter Jackson (2000) también su preocupación por la excesiva atención que se presta al significado, identidades y representaciones en la geografía social y cultural, y hace patente su interés por la «cultura material», como elemento que puede aportar una nueva visión sobre temas como las culturas del consumo, el cyberepacio y la realidad virtual, la construcción social de la naturaleza o el significado de la globalización.

Otra serie de críticas de mayor calado, han puesto en cuestión el concepto mismo de cultura sobre el que se ha basado la Nueva Geografía Cultural e intentan superar el enfoque de la cultura como conjunto de significaciones, al que muchas veces se han visto reducidos los estudios de geografía cultural. En este sentido cabe destacar el artículo de Mitchell de 1995 (Mitchell, 1995). En él, el autor señala la falta de una definición clara y coherente del concepto cultura en los estudios de geografía cultural, que habría resultado en la proliferación de estudios sobre ejemplos de lo que presumiblemente es considerado cultura. Barnett (2001) considera que definiciones de cultura demasiado amplias pueden inducir a asumir que todo proceso económico, político o social contiene un elemento simbólico o cultural y que estos procesos pueden ser explicados en su totalidad a partir del análisis cultural.

No se pretende en este artículo analizar hasta qué punto se puede mantener la validez de estas críticas contra el conjunto de los trabajos realizados bajo el paraguas de la Nueva Geografía Cultural¹. Pero creemos que, a partir de las críticas que realizan Don Mitchell y Clive Barnett y, sobre todo, de las nuevas conceptualizaciones sobre la cultura y del cometido de la geografía cultural que estos autores aportan y que explicaremos en el siguiente punto, podemos entender el porqué de la importancia de la cultura en la transformación del espacio urbano, su relación con procesos de cambio no estrictamente culturales y las repercusiones espaciales de las estrategias culturales urbanas en la ciudad.

III. LA CULTURA COMO INSTRUMENTO PARA TRANSFORMACIÓN DEL ESPACIO

En contraposición a la falta, en los estudios de geografía cultural, de una concepción clara y coherente de la cultura, Mitchell propone un nuevo enfoque de la cultura en el que se parta de la base de la no existencia de la «cultura de forma ontológica» y:

«...only differing arrays of power that organise society in this way, and not that. Hence there is only a powerful idea of culture, an idea that has developed under specific historical conditions and was later broadened as a means of explaining material differences, social order, and relations of power. [...] What is needed now, therefore, is

¹ Respuestas a las críticas formulados por Mitchell se pueden encontrar en Cosgrove, 1996; Duncan y Duncan, 1996; Jackson 1996. Sobre otros enfoques nuevos dentro de la geografía cultural: Jackson 1999 y 2000; Philo, 1999; y en concreto sobre los nuevos enfoques en la geografía urbana influida por el giro cultural ver Lees, 2001.

not further definition of 'culture', hoping to fine-tune away all the problems earlier definitions have presented, but rather a frank admission that while culture does not exist, the idea of culture has been developed and deployed in the modern (and post-modern) world as a means of attempting to order, control, and define 'the others' in the name of power and profit» (pág. 75).

De esta manera, la idea de cultura ha de ser entendida como una ideología desde el momento en que se convierte en un sistema de significación destinado a favorecer unos intereses determinados, lo que implica que esté directamente relacionada con el ejercicio del poder. La manera en que la idea de cultura es utilizada en esta operación de poder es mediante la designación de ciertos elementos denominados «culturales» como «pertenecientes a un ámbito metafísico» o «esfera de vida inmaterial», considerandos como «naturales», y por tanto fuera del ámbito de la transformación social.

Siguiendo la línea iniciada por Mitchell, Barnett (2001) pretende profundizar en la idea de cultura como ideología, y mostrar como la cultura debe ser entendida como elemento de los procesos de poder. La reconceptualización que Barnett propone parte del trabajo desarrollado en los estudios postcoloniales a la luz de la obra de Foucault sobre *gubernamentalidad*, disciplina y tecnologías del sujeto. Las prácticas culturales y estéticas son definidas como «centrales para la conceptualización y operacionalización de los procesos democráticos modernos» (pág. 11). Estas prácticas se articulan estableciendo una serie de recursos para la gobernación (cánones, trabajos culturales, modos de interpretación, apreciación y juicio) al mismo tiempo que unos dominios en los cuales, con el uso de tales recursos se puede cambiar y transformar la conducta de los individuos (pág. 13). Por tanto:

«Culture is understood as a set of practices or technologies for the transformation of individuals into subjects capable of governing themselves. The critical project suggested by this reconceptualization is to track specific formations of the cultural and the extension of distinctively cultural forms of government into the fabric of modern social life, as new fields are reconfigured as cultural in order to be subjected to particular forms of social management». (pág. 14)

Estas nuevas conceptualizaciones de la cultura dentro de los estudios geográficos invitan a una visión de la cultura como instrumento utilizado por el poder, o posibles y variados contrapoderes, para la organización y legitimación de las transformaciones del espacio. Diferentes estrategias desarrolladas en el espacio, y no únicamente aquellas etiquetadas explícitamente como culturales, utilizarán diferentes «definiciones» de cultura con el objetivo de crear nuevos espacios, transformarlos y dotarlos de coherencia con las formas de comportamiento y valoración individual, así como con las estructuras sociales y económicas hegemónicas. Desde este punto de vista no es de extrañar el interés, por parte de distintas disciplinas y en concreto la geografía, por el estudio de diferentes fenómenos culturales. Más aún, los desarrollos teóricos sobre el papel de la cultura en la transformación del espacio nos deberían permitir una mejor aproximación al estudio de los procesos urbanos. Partiendo de estos enfoques, el análisis de la cultura debería hacernos comprender mejor los procesos actuales de creación y transformación del espacio urbano, lo cual requerirá enten-

der qué conceptualizaciones de la cultura se establecen, quién las establece, y con qué fines, así como los procesos a través de los cuales las distintas definiciones de cultura ayudan a crear y legitimar nuevos espacios y diferencias espaciales.

IV. LA CULTURA EN LAS POLÍTICAS URBANAS. BARCELONA COMO EJEMPLO

1. Las políticas urbanas en la ciudad neoliberal

El diseño y la implementación de políticas urbanas en los últimos 20 años, y las formas en que la cultura ha sido conceptualizada en estas, han de ser entendidas dentro de los profundos cambios que ha experimentado las formas de gobierno y gestión de las ciudades durante las últimas décadas. Nos estamos refiriendo a una política urbana que consiste, en esencia, en una orientación hacia la promoción económica de la ciudad, basada en una ideología neoliberal. Esta orientación margina la provisión y redistribución de recursos entre los habitantes de la ciudad, más propia de la etapa fordista-keynesiana (Harvey, 1989). El origen de este cambio en la orientación de las políticas urbanas habría que situarlo en la crisis económica de los años 70 y principios de los 80, la consiguiente necesidad por parte de las ciudades de recomponer su base económica, la aparición y legitimación de una ideología neoconservadora y de racionalidad de mercado, la pérdida de poder por parte del Estado Nación y el traspaso de la capacidad de regulación a poderes locales.

Desde nuestro punto de vista la mejor manera de conceptualizar la ciudad actual y sus políticas es hacer referencia al «proyecto neoliberal»². Según lo describe Jessop (2001) este proyecto tendría dos características interrelacionadas: primero, la instauración de una nueva estrategia de acumulación basada en la privatización, liberalización, desregularización, la introducción de la lógica de mercado en el sector público, el recorte de impuestos y la profundización de la internacionalización de la economía; segundo, la búsqueda de nuevas formas de regulación social que complementen la economía de mercado globalizada. Estas dos características, extendidas casi «globalmente», conforman un nuevo orden económico y social que se manifestará en cambios en las estructuras urbanas y condiciones económicas y sociales, lo que implica que las políticas urbanas tendrán que adaptarse, activa o pasivamente, a las nuevas condiciones derivadas del proyecto neoliberal, lo cual nos permite denominar a la ciudad de finales del siglo XX y principios del XXI como la ciudad neoliberal.

La ciudad de Barcelona no sólo no ha sido ajena a estos cambios en las formas de gestión urbana, sino que, en multitud de ocasiones se ha expuesto como ejemplo destacado de estos procesos. La crisis industrial de los años 70 dejó a la ciudad sin su principal base económica, al tiempo que iniciaba una etapa de pérdida de peso demográfico, no finalizada todavía. Las

2 David Harvey (1989) en la descripción de las nuevas formas emergentes de gobierno urbano aplica el concepto de «urban entrepreneurialism», en referencia a la orientación empresarial de objetivos y procedimientos de este tipo de gestión urbana. Por el contrario Bob Jessop y Sum (2000), limita el uso de este concepto a aquellas políticas que no sólo adoptan una tendencia más empresarial o influida por la lógica de la competitividad y el mercado, sino que además desarrollan un discurso plenamente empresarial que describe las ciudades como empresariales, al igual que sus políticas, y como unidades significativas capaces de establecer y desarrollar frente otras ciudades o regiones una política competitiva.

primeras actuaciones del ayuntamiento democrático y el impulso que supuso la celebración de los Juegos Olímpicos de 1992 significó una importante transformación y dignificación del espacio urbano, que fueron acompañadas de la recuperación de la economía de la ciudad. Esta recuperación estuvo ligada no al sector industrial, que abandonó la ciudad años antes, sino a un sector servicios que se vio beneficiado por las reformas urbanas y por la incorporación de España en 1986 en la Comunidad Económica Europea, lo que significa la apertura de la economía española a una economía mucho más internacionalizada de lo que estaba hasta ese momento. Tras la crisis de principio de los años 90 y una vez pasada la euforia olímpica, Barcelona se embarca en una estrategia en la que la orientación de Barcelona hacia el futuro se organiza en torno al término de *ciudad del conocimiento o la información* en la cual el desarrollo económico se articula en torno a la inversión inmobiliaria, el turismo y las industrias culturales. (García-Ramón y Albet, 2000). Dentro de esta estrategia se promueven proyectos como el Fórum de las Culturas del 2004, el desarrollo del sector de industrias de alta tecnología 22@, o el Plan Estratégico del Sector Cultural. Todos estos proyectos están suponiendo importantes transformaciones físicas en los espacios urbanos, al tiempo que nuevas condiciones económicas y sociales hacen que la población establezca con estos espacios nuevas relaciones, lo que conlleva a la sustitución de actividades económicas y cambios en la estructura demográfica y social de determinadas áreas (vease Ajuntament de Barcelona, 1999).

2. La cultura en las estrategias de transformación urbana

El establecimiento de un nuevo modelo de regulación social y económica, como es el caso de la transición del régimen Fordista al Postfordista acaecida en las últimas décadas, implica la transformación de comportamientos y valores del conjunto de la sociedad que posibiliten el funcionamiento de nuevas formas de acumulación del capital y su legitimación. En la profundización de una organización económica regida cada vez más por los mecanismos de mercado y menos por el Estado, tal y como propone el proyecto neoliberal, es necesario que lógicas de decisión basadas únicamente en el mercado penetren en el conjunto del cuerpo social. En este sentido, la movilización de la cultura en las políticas de la ciudad neoliberal ha de ser entendida como mecanismo que facilite esta transición.

Jessop (2001) basándose en la obra de Polanyi señala cuatro procesos a través de los cuales, las fuerzas del mercado y la lógica de acumulación de capital pueden infiltrarse en la totalidad de una sociedad. Primero, mercantilizando esferas que hasta el momento habían permanecido al margen de la lógica de la acumulación de capital; segundo, imponiendo un código de decisión a dominios o actividades no comerciales basado en cálculos económicos; tercero, haciendo posible la superación de dificultades y controles establecidos por otros sistemas; por último, estableciendo un proyecto hegemónico que directa o indirectamente establezca la acumulación de capital como forma dominante de socialización. En este sentido, la cultura será tematizada o definida en diferentes procesos destinados a instaurar el proyecto neoliberal, con la única necesidad de que esa definición sea coherente con los intereses del grupo social que la promueva y con los mecanismos del nuevo modelo de regulación.

En los últimos años, el término cultura ha aparecido recurrentemente en los procesos de transformación urbana que se han desarrollado en la ciudad de Barcelona. La presencia casi

constante de la cultura para describir o justificar el cambio urbano debe entenderse dentro los procesos que han impulsado el cambio de la estructura urbana, social y económica que experimenta la ciudad. En este sentido, diferentes conceptualizaciones de cultura han sido desarrolladas para promover un nuevo modelo y modo de regulación, en concordancia con un proyecto de ciudad insertada dentro de los flujos internacionales de capital. Siguiendo los cuatro procesos indicados por Jessop, podemos identificar diferentes maneras en que la cultura ha sido definida en Barcelona en los últimos años, su relación con procesos de cambio sociales y económicos más amplios y con la proyección por parte de los poderes locales de un nuevo modelo de desarrollo urbano.

A) *La cultura como mercancía*

En primer lugar, la cultura ha sido reconfigurada como mercancía, como un producto capaz de ofrecer importantes beneficios, lo que significa que tanto la producción como la organización del consumo de productos culturales han pasado a ser elementos importantes en la acumulación de capital. Más aún, el contenido cultural, entendido como el valor simbólico de los productos, se ha incorporado como parte del valor añadido de otros productos y no sólo de los culturales. (Lash y Urry, 1994). En el ámbito urbano esto significará una mayor impronta en el espacio de las actividades relacionadas con la producción de bienes culturales y de su distribución y consumo.

En los últimos años la estrategia económica de la ciudad de Barcelona ha tenido como objetivo adaptar la ciudad a lo que se ha dado en llamar *ciudad del conocimiento*, de la cual la cultura es considerada como motor, tal y como expone el título del Plan Estratégico del Sector de la Cultura de Barcelona (en adelante PESCB) promovido por el Ayuntamiento: «La cultura, motor de la ciudad del conocimiento» (ICUB, 1999). Dentro de este plan, la primera línea estratégica propone «fortalecer Barcelona como factoría de producción de contenidos culturales» (pág. 44), lo que implicaría la potenciación de ciertos sectores económicos (audiovisual, edición, multimedia...). Especialmente, este énfasis en la potenciación de la industria cultural, que es vista como uno de los sectores de mayor proyección de futuro, se materializaría en la reforma del viejo sector industrial de Poblenou en un distrito de empresas de nueva tecnología, denominado 22@ y dentro de él, la creación un conjunto de equipamientos (Campus Audiovisual) destinado a la atracción de la industria audiovisual. La cultura aparece como un nuevo campo productivo en la ciudad y se vincula íntimamente a las estrategias de desarrollo económico y espacial de Barcelona.

B) *La cultura como transmisora de valores*

En segundo lugar, la cultura es utilizada como transmisora de valores que permitan unos comportamientos coherentes con las nuevas formas de acumulación (y de transformación urbana), transformando la racionalidad económica de los individuos o incluyendo dentro de ella nuevos elementos. Dentro de estos nuevos elementos también se incluirá la misma cultura, que será evaluada y valorada en función de su rendimiento económico, consecuencia lógica de su consideración como mercancía. La revalorización de la estética en el espacio urbano, en la que productos culturales como revistas, exposiciones o promoción turística, jue-

gan un papel importante, están permitiendo en el momento actual la creación de nuevos valores económicos, y lo que es más importante, permite valorar económicamente nuevos espacios en función de su capital cultural y exponer la revalorización de este capital cultural como justificación de su transformación (Zukin, 1992).

En el caso de Barcelona, la transformación de nuevos espacios se basa o se justifica en su revalorización cultural o simbólica, que va paralela a su reinserción en los circuitos económicos, especialmente los inmobiliarios. Barrios como el Raval o el Born, que han sido asociados durante muchos años a marginación, reaparecen en el mapa de la ciudad como centros de producción artística y vanguardia cultural. Sus valores históricos y su trama social son configurados y juzgados en función de las posibilidades que ofrecen para la instalación de nuevas actividades económicas o nuevos grupos de población. En un artículo periodístico referente a las transformaciones del Born (Bernal, M. y Marrón, 2000), un diseñador de reconocido prestigio afirmaba que había elegido instalarse en este barrio «porque es un barrio donde se mezclan la historia y un gran movimiento vanguardista, un barrio con mucho encanto». El propietario de una tienda de ropa asegura que buscaba un sitio donde la gente «tuviera un sentido vanguardista a la hora de consumir». Más aún, se considera la mezcla social existente como otro reclamo para habitar el barrio: «...y que este contraste entre arquitectos, *pijos*, magrebies y dominicanos conviva de una manera tan natural y estética» (García, 2002).

C) *La cultura en la superación de anteriores modelos de regulación*

La designación como culturales de áreas de decisión hasta ahora no consideradas como tales permite la desarticulación de las políticas estatales, especialmente aquellas destinadas a contrarrestar las desigualdades sociales, y que son consideradas inoperantes y obstaculizadoras del desarrollo económico por la nueva lógica de mercado. La descripción de desigualdades económicas y sociales como problema cultural, relación que se acentúa todavía más cuando se refiere a grupos de emigrantes, permite articular por un lado un nuevo discurso que integra estas desigualdades en la nueva estructura social y por otro nuevas formas de acción política que se alejan de la asistencia directa del Estado a los grupos desfavorecidos.

En el PESCB, una de las líneas estratégicas hace referencia la función de la cultura como elemento de integración social. Se parte de la base que el acceso a la cultura, y en especial a la cultura digital, es el responsable de la generación de desigualdades en la sociedad actual, y por tanto es en este ámbito donde las políticas públicas han de hacer hincapié, lo cual permite relegar otras funciones del Estado como la regulación del mercado de trabajo o el acceso a la vivienda como elemento de cohesión social. De hecho, de esta manera, la integración o no del individuo pasa a ser responsabilidad suya y no el resultado de la organización del sistema económico y social. Del mismo modo, las representaciones de los grupos de inmigrantes en el barrio del Raval y sus condiciones de vida, presentan a estos grupos como problema o como un atractivo más del espacio (Magrinyà y Maza, 2001), encubriendo las precarias condiciones laborales y de vivienda. Así, los problemas de estos grupos son planteados en forma de política cultural y no de intervención del Estado en la corrección de las desigualdades.

D) La cultura en el proyecto hegemónico de la ciudad

La cuarta forma en que la cultura ha sido utilizada en la ciudad en las últimas décadas de cara a promover el proyecto neoliberal ha sido en la creación de un imaginario que refuerza la competitividad del espacio urbano como proyecto hegemónico de la ciudad y que promueve la inserción de la localidad dentro de los circuitos económicos internacionales. A final de la década de los 90 este imaginario ha girado especialmente en torno al concepto de «ciudad del conocimiento», en el cual se enfatizan los recursos culturales de la ciudad como elementos que garantizan la competitividad de la ciudad. (Amin y Thrift 2002, 58). La formación, la innovación, la tradición, el *know-how* o los recursos culturales o de ocio de la ciudad, tematizados como características únicas y particulares de cada ciudad, se han convertido en elementos básicos en los intentos de las políticas urbanas de insertar la ciudad dentro de los flujos económicos internacionales y en la creación de una narrativa que sirva para la legitimación de la transformación económica, social y espacial.

La ciudad de Barcelona no es ajena a esta tendencia. De hecho, como principal objetivo del PESCOB, se sitúa la configuración de Barcelona como *ciudad del conocimiento* reconocida internacionalmente. Para ello, las políticas culturales, tanto de promoción económica como de cohesión social, se proponen como principales impulsoras de este proyecto (ICUB, 1999, 5). Barcelona se representa a sí misma como ciudad de tradición de producción cultural, con una forma mediterránea y propia de organización espacial (ICUB, 2001), donde ha predominado la mezcla y la diversidad de actividades y de gentes. Su futuro se asocia al desarrollo de nuevas actividades relacionadas con la *sociedad del conocimiento* y el surgimiento de nuevas estructuras sociales derivadas de la difusión de nuevas tecnologías. En definitiva, se crea todo un imaginario que justifica la transformación del espacio urbano en función de su adaptabilidad a las nuevas formas económicas, formas económicas en las que la cultura además jugará un papel determinante.

5. CONCLUSIÓN

La influencia del Giro Cultural ha sido uno de los principales elementos de cambio de la disciplina geográfica en los años noventa, por lo menos en el ámbito anglosajón. Nuevas orientaciones, basadas sobre todo en el estudio de las representaciones han dominado gran parte del trabajo desarrollado en la geografía cultural y han influido con más o menos fuerza a otros campos de la geografía. Sin embargo, esta reorientación de la geografía no se ha producido sin críticas ni sin un constante renovación de los conceptos y definiciones sobre los que se ha basado. En especial las reflexiones que a partir de la década de los noventa aparecen en torno a la condición de la cultura como elemento de poder, abre las puertas a la comprensión de la importancia de la cultura en la transformación que experimentan actualmente los espacios urbanos. En un periodo de transformación de las formas y modos de regulación, la cultura aparece como instrumento del poder que a través de diferentes definiciones facilita y legitima dicha transición.

Como ejemplo, en este artículo se ha expuesto cómo la cultura ha sido utilizada para promover la transformación urbana en la ciudad de Barcelona. De esta ejemplificación, podemos concluir que la cultura se ha convertido en un elemento fundamental en las políticas de transformación urbana, y que estas no pueden ser plenamente entendidas si no se considera las

funciones de la cultura en ellas. Pero creemos que también se ha mostrado cómo la utilización de la cultura es inseparable de los procesos sociales, políticos y económicos que afectan a la ciudad. De esta forma, si una mejor comprensión de la ciudad y sus transformaciones ha de considerarse como un elemento más de análisis la función de la cultura, el estudio de esta no ha de convertirse en la aproximación principal del estudio, y mucho menos en la única. Si reconocemos que la aproximación a la totalidad de la realidad urbana es de por sí imposible, hemos de partir de que, dependiendo de el objetivo de estudio, se tendrá que priorizar más un aspecto de la realidad u otro, pero sin relegar o incluso omitir los otros. En este sentido, el enfoque sobre el estudio de la cultura en la geografía que en este artículo se recoge, y tal y como se ha dejado ver en el caso de Barcelona, permitiría establecer las relaciones entre procesos económicos, políticos o sociales y las diferentes formas en que la cultura ha aparecido en los últimos años dentro de las políticas urbanas.

BIBLIOGRAFÍA

- AJUNTAMENT DE BARCELONA (1999): *Barcelona 1979/2004. Del desenvolupament de la ciutat a la ciutat de qualitat*. Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 387 pp.
- AMIN, A. (1999): «Cities, Culture, political economy». *European Urban and Regional Studies*, vol. 6 (4) págs. 291-292.
- AMIN, A. y THRIFT, N. (2002): *Cities. Reimagining the urban*. Cambridge, Polity Press, 184 pp.
- BARNETT, C. (2001): «Culture Geography, and the arts of government». *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 19, págs. 7-24.
- BERNAL, M. y MARRÓN, N. (2002): «Els comerciants arriben al barri atrets per la seva tranquil·litat», *El Periódico* 14 de septiembre, pág. 3.
- COSGROVE, D (1996): «Ideas and culture: a response to Don Mitchell». *Transactions of the Institute of British Geographers*, nº 21, págs. 574-575.
- COSGROVE, D. y JACKSON, P. (1987): «New directions in cultural geography». *Area*, nº 19, págs. 95-101.
- DUNCAN, J. y DUNCAN, N. (1996): «Reconceptualizing the idea of culture in geography: a reply to Don Mitchell». *Transactions of the Institute of British Geographers*, nº 21, págs. 576-579.
- HARVEY, D. (1989): «From managerialism to entreperneurialism: the transformation in urban governance in late capitalism». *Geografiska Annaler* nº 71 B (1), págs. 3-17.
- GARCÍA, J. (2002): «Interiorisme, disseny i ruca». *El Periódico*, 14 de septiembre, pág. 4.
- GARCÍA-RAMÓN, M. y ALBET, A. (2000): «Pre-Olympic and post-Olympic, a model for urban regeneration today?». *Environment and Planning A*, Volumen 32, págs. 1331-1334.
- ICUB (1999): *Pla Estratègic del Sector Cultural de Barcelona. La cultura, motor de la ciutat del coneixement*. Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 139 pp.
- ICUB (2001): «Districtes digitals i districtes culturals». En *Debats culturals de la Virreina. Pensar i actuar en la cultura a Barcelona*. Institut de cultura de Barcelona: 24 de mayo del 2001 «<http://www.bcn.es/comunitatcultura/DistrictesDigitals.doc>».
- JACKSON, P. (1996): «The idea of culture: a response to Don Mitchell». *Transactions of the Institute of British Geographers*, nº 21, págs. 572-573.

- JACKSON, P. (1999): «¿Nuevas geografías culturales?». *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, nº 34, págs. 41-51.
- JACKSON, P. (2000): «Rematerializing social and cultural geography». *Social and cultural geography*, nº 1, págs. 9-14.
- JESSOP, B. (2001): *Good Governance and the Urban Question: On Managing the Contradictions of Neo-Liberalism*. Department of Sociology, Lancaster University. <<http://www.comp.lancs.ac.uk/sociology/soc075rj.html>>.
- JESSOP, B. (2001): *The Social Embeddedness of the Economy and its Implications for Economic Governance*. Department of Sociology, Lancaster University. <<http://www.comp.lancs.ac.uk/sociology/soc075rj.html>>.
- JESSOP, B. y SUM N.L. (2000): «An Entrepreneurial City in Action: Hong Kong's Emerging Strategies in and for (Inter-)Urban Competition». *Urban Studies*, vol 37, nº 12, págs. 2290-2315.
- LASH, S. y URRY, J. (1994): *Economies of signs and space*, London, Sage, 360 pp.
- LEES, L. (2002): «Rematerializing geography: the 'new urban' geography». *Progress in Human Geography* nº 21, 1, págs. 101-112.
- MAGRINYA, F. y MAZA, G. (2001): «Inmigración y huecos en el centro histórico de Barcelona (1986-2001)». Ponencia presentada en el III coloquio internacional de Geocrítica. Migración y Cambio social 28, 29 y 30 de mayo 2001.
- MITCHELL, D. (1995): «There's no such thing as culture: towards a reconceptualization of the idea of culture in geogrphey», *Transactions of the Institute of British Geographers*, nº 20, págs. 102-116.
- MITCHELL, D. (2000): *Cultural Geography. A critical introduction*. Londres, Blackwell, 325 pp.
- PHILO, C. (1999): «Más Palabras, más mundos: reflexiones en torno al 'giro cultural' y a la geografía social». *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, nº 34, págs. 81-99.
- PRINCE, M. y LEWIS, M. (1993): «The reinvention of cultural Geography». *Annals of the Association of American Geographers*. nº 83, págs. 1-17.
- SAYER, A. (1994): «Cultural studies and 'the economy, stupid'». *Environment and Planning D: Society and Space*, nº 12 págs. 635-637.
- ZUKIN, S. (1991): *Landscapes of power. From Detroit to Disney World*. Berkeley. University of California Press, 326 pp.